



Universidad  
Nacional  
de Rosario

**FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**TRABAJO INTEGRADOR FINAL**

**TÍTULO:** “EL ACTO SUICIDA EN EL ESCENARIO DE UNA SOCIEDAD FELIZ.”

**MODALIDAD:** ENSAYO

**AUTORA:** OLMEDO VALENTINA

**LEGAJO:** O-5164/1

**DNI:** 41635224

**DOCENTE RESPONSABLE:** CARLA

**PICCIONI AÑO:** 2023

### **AGRADECIMIENTOS**

A mis padres y mis hermanos, por servirme de apoyo en los momentos de incertidumbre y en los de alegría. Pero principalmente gracias por la confianza todos estos años.

A mi abuela, que no necesito entender que hacía con tantos papeles para estar a mi lado las tardes de estudio.

A mis amigos, por ser mi lugar seguro lleno de risas y distracciones. Al docente del espacio T.I.F, Mauro Eyras, y a la docente responsable, Carla Piccioni, por acompañarme en este último tramo y guiar este proceso.

Y por último a la Universidad pública y gratuita, por permitir mi formación, sin su existencia nada de todo esto sería posible.

**INDICE**

- Resumen 4 • Introducción 5
  
- Desarrollo
- I. El suicidio y su vínculo con la angustia. Actualidades 7 II. El suicidio como acto irreversible 11 III. Muerte: resistencia y deseo. 14
  
- Conclusión 18 • Referencias bibliográficas 19

## RESUMEN

En el presente ensayo se aborda el acto suicida en el marco de la sociedad individualista actual y la resistencia que se desencadena en esta misma. Para eso, se parte de concebir que existe como premisa una promesa de felicidad que responsabiliza a los individuos a ser felices y genera exigencias aplastantes que resultan imposibles de sostener para algunos sujetos.

Se indaga, por lo tanto, el concepto de acto como un paso certero de un significante, haciendo hincapié en la cualidad de irreversible que posee en el suicidio. Esto implica una pérdida compartida en la cual el sujeto que se suicida se queda con la última palabra, después de realizar dicho acto, que posiblemente sea el único sin fracaso.

Estas particularidades del acto suicida llevan a realizar una lectura sobre la resistencia que puede desencadenar sobre el resto de los sujetos. Se pone en funcionamiento un conjunto de procesos que facilitan la transformación de un discurso social que no menciona la angustia, el suicidio corre el velo del engaño y deja ver a esta última. Por último, se concluye en la idea de un posible deseo irresistible de muerte

facilitado por la resistencia a la angustia. Todo suicidio está impulsado por un deseo que se manifiesta en el acto que estaba destinado a inhibirlo. En este sentido, el suicidio se presenta como forma de resistir al imperativo de felicidad que permite al sujeto afirmarse ante el resto.

**Palabras clave:** acto suicida- angustia- resistencia- deseo- felicidad

## INTRODUCCIÓN

4

La forma de concebir al suicidio no fue siempre la misma a lo largo de la historia de la humanidad. Aproximadamente tres siglos antes de Cristo, los estoicos consideraban al suicidio como valedero, teniendo en cuenta que lo importante no era estar vivo sino vivir bien y de manera digna; morir antes o después no era la cuestión. En la Edad Antigua, el suicidio era entendido como un acto de honor y nobleza frente a distintas razones, como por ejemplo el dolor o principios patrióticos (Álvarez, 2021).

En la actualidad, lejos estamos de entenderlo así: el suicidio nos aterra. Nuestra imagen sobre este último se ha modificado con la época. Silenciamos al sujeto que manifiesta su deseo de no estar vivo; no lo dejamos hablar ni dar lugar en el discurso a su angustia; le pedimos que deje de estar triste, que no diga cosas feas y se focalice en algo lindo que le cambie su malestar.

Nos encontramos formando parte de una sociedad organizada alrededor de una

promesa de felicidad; en ese sentido, si hacemos tal o cual cosa podremos ser felices. En una política de la ilusión, la felicidad es vista como un instrumento que nos liga a la responsabilidad de ser felices nosotros mismos, como así también darle felicidad a los demás. Se cree que se va a llegar a ella deseando de la forma correcta. La única manera de mantener esta promesa es dejándola para después, generando de esta manera un esperar más soportable (Ahmed, 2019). No tenemos muy en claro qué es la felicidad, pero sin embargo la buscamos todo el tiempo. En este contexto, aquel que se muestre infeliz es entendido desde una perspectiva patológica que se busca silenciar.

Por lo tanto, nos vamos a valer de los aportes del psicoanálisis para enmarcar esta reflexión, entendiéndolo como una de las perspectivas posibles para leer al sujeto. Desde allí, se entiende la resistencia como aquel fenómeno que se sitúa alrededor del nódulo patógeno cuya fuerza permite mantener reprimido aquello que es inconsciente. Tiene que ver con todo aquello que destruye, suspende o altera la continuación del discurso (Freud, 1975). Bien podríamos plantear, entonces, que nos resistimos a la posibilidad de pensar la muerte como una decisión tomada por el propio suicida.

En una sociedad en la que nos movilizamos día a día para llegar a la felicidad deseada, se rechaza el suicidio creyendo que si este aconteció es porque alguien obligó al sujeto o bien porque tenía un problema imposible de resolver. Nada queremos saber de un deseo en el otro de separarse de la vida. Entendemos en este sentido que la angustia deja ver que el mundo redondo, ese engaño hecho por el significante, no existe. Cuando escuchamos a alguien que busca terminar con su vida se produce un agujero en la red significante, que ya no engaña. Este agujero deja ver la falta que se encuentra tras el velo, generando que la falta comience a faltar. A esa angustia nos resistimos cuando nos encontramos frente al deseo enigmático de muerte (Lacan, 2006).

Por lo tanto, en este escrito se buscará indagar cómo la resistencia, en tanto inflexión del discurso, proyecta sus resultados sobre el sistema del yo y se hace sentir, manteniendo un vínculo y una tensión con el suicidio como acto.

Al acto lo entendemos como el paso certero e impredecible de un significante desde el registro simbólico al real que se separa del Otro, indicando el lugar del deseo en el intervalo de la cadena significante y del cual, motorizado por la angustia, el sujeto renace distinto. En este acto se manifiesta el deseo que estaría destinado a inhibirlo (Lacan, 2006). Reflexionaremos, por lo tanto, sobre el suicidio como acto en su cualidad de irreversible, teniendo en cuenta que nadie puede venir de él a darnos testimonio. Al no saber más nada entendemos que tiene semblante de logro, porque vela la verdad del fracaso que le es propio. Se entiende la relevancia de este desarrollo teniendo en cuenta que en una

5

sociedad que resiste y no escucha es mucho más complejo encontrar sostén. Envueltos en una promesa de felicidad, reprimimos la palabra suicidio de nuestro discurso y, por lo tanto, nos olvidamos de que este deseo de muerte puede existir entre nuestros pares. Es importante pensar nuestra profesión enmarcada en los tiempos individualistas actuales y poder preguntarnos y cuestionarnos qué efectos tiene eso en los sujetos que vamos a escuchar.

Por lo tanto, nos vamos a permitir desarrollar qué se pone en juego de la resistencia frente a la manifestación de la angustia y el deseo del fin de la vida que lleva a recurrir a frases de autoayuda- y demás herramientas- para taponar dicha pérdida de la felicidad como sostén y espera. Hay en el sujeto que lleva a cabo el acto suicida un dejarse llevar por el deseo hasta perderlo todo que genera resistencia en los demás, poniendo en funcionamiento un discurso epocal que vuelve todo color de rosas.

## **I. EL SUICIDIO Y SU VINCULO CON LA ANGUSTIA. ACTUALIDADES.**

“-En el argumento de una vida hay casi siempre una parte indigna que los hombres o los dioses descuidaron: la muerte a veces sería oportuna; a veces convendría anticiparla.” S. OCAMPO<sup>1</sup>

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define al suicidio como una autolesión intencional en la cual la persona tiene la intención de no continuar con su

vida y termina, así, ocasionando su muerte. Pero, la concepción del suicidio, y su posible decisión, en el mundo occidental se ha modificado con el trascurso del tiempo. Y es aún hoy en día generadora de distintas explicaciones e interrogantes que no cesan de reproducirse.

En la Edad Antigua, el suicidio no era entendido como un crimen, sino que, por el contrario, se lo respetaba y se entendía sus fines. Se reconocía una nobleza en quien podía llevar adelante este acto, ya que se lo planteaba vinculado a ideas principalmente patrióticas. Sin embargo, estaban quienes entendían que el suicidio podría realizarse siempre y cuando no sea una falta de respeto a los dioses. Tal como se desarrolla en el Fedón: “Tal vez, entonces, desde este punto de vista, no es absurdo que uno no deba darse muerte a sí mismo, hasta que el dios no envíe una ocasión forzosa” (Platón, 1988).

Posteriormente a estos planteos, los estoicos lograron pensar al acto suicida desde un posicionamiento mucho más libre y hasta deseable, valorando la muerte tanto como la vida. Cuando esta última se volvía insostenible, la muerte era pensada como una buena decisión sin ningún tipo de culpa.

Esto fue modificado ampliamente en la Edad Media, en la cual comenzaron a instalarse posturas vinculadas a la vida y Dios, entendiendo que el estar vivo tenía un valor especial como así también sagrado. Por lo tanto, se comienza a condenar el suicidio, a entenderlo directamente como un homicidio, suponiendo además que el suicidio le quitaba al sujeto la posibilidad de arrepentirse como así también de pagar por sus errores. Para San Agustín (1985) no existe manera de lograr justificar el suicidio, ni para evitar el dolor y mucho menos ligado al deseo. El mandato de Dios “no mataras”, incluye también al suicidio y al respeto por la vida propia, por lo tanto matarse era cometer un asesinato y uno no podría decidir libremente sobre esta cuestión, quien lo realizaba sería un pecador.

Luego, en la Edad Moderna, se elabora una postura no tan determinante donde se entiende que el sujeto podría decidir frente a su vida o muerte; sin embargo, siempre con lecturas en relación a Dios y la religión. Es en manos de las obras de Shakespeare que el suicidio comienza a ser analizado desde distintos puntos de vista a la vez, ya sea como un acto heroico pero principalmente como un acto de amor, liberación y locura. Dando lugar a las primeras teorías y pensadores en tratar el suicidio dedicados a reflexionar si este consistía en un homicidio, tal y como se venía sosteniendo, o si está vinculado a otras cuestiones ligadas a la salud o la razón.

Ya en la Edad Contemporánea se comienza a tener en cuenta a la sociedad, dejando de condenar al sujeto que comete el suicidio, sin expulsar a aquel que se haya suicidado del cementerio. Este breve recorrido histórico sobre el suicidio nos sirve para reflexionar en torno a las discusiones que se han dado sobre él y la muerte, pero sobre

<sup>1</sup> Silvina Ocampo, escritora nacida en Argentina (Buenos Aires). Fragmento perteneciente a su libro Autobiografía de Irene (1948). Cuentos Completos (2020). Buenos Aires: Emecé.

todo, sobre la misma existencia. Teniendo en cuenta que esta última implica a la subjetividad de cada sujeto.

En el caso del psicoanálisis podríamos decir que el acto suicida no es un concepto psicoanalítico, o por lo menos, nunca se lo trata en profundidad. Sin embargo, el suicidio se hace presente en la historia del psicoanálisis desde las contribuciones al simposio del suicidio de Freud en 1910, como así también su presencia en historiales como por ejemplo el de Dora, pero principalmente después de la primera Guerra Mundial que le permite a Freud pensar en la pulsión de muerte. Por el lado de Lacan, es en el seminario 10 donde el suicidio se hace más protagonista por su vínculo al acto como así también a la angustia.

Hoy en día, en nuestra época, al suicidio lo silenciamos. No queremos escuchar nada de la angustia que conlleva. Lo que implica, por lo tanto, es que el acto suicida nos sigue generando interrogantes que lejos están de ser resueltos.

En la primera clase del Seminario 10, Lacan (2006) se plantea como pregunta: “¿a qué distancia poner la angustia para hablarles de ella, sin meterla enseguida en el armario, sin dejarla tampoco en un estado vago?” (p. 17). Es haciendo uso de esta pregunta como faro que nos posicionaremos desde un comienzo para poder enmarcar el contexto actual de la angustia, la cual en su vínculo con el suicidio como acto, aparece como aquello que no engaña y, además, se intenta evitar. Existe un prejuicio alrededor del acto suicida que sigue vigente, ya no desde una cuestión religiosa, pero sí como un asunto privado del cual no se habla.

Cuando la angustia se pone en juego en el día a día se la intenta pasar por alto; esto se debe, en parte, a las condiciones en las cuales transitamos la actualidad. Tomando una idea de Hornstein (2018):

A mediados del siglo XX, los individuos se despreocuparon del deber y creyeron que se zambullían en la felicidad. En la sociedad de consumo también se consume felicidad. (...) Sin duda, aquella felicidad sobreactuada era una utopía, como lo demuestran las estadísticas de depresión actuales. (p.43).

Hoy en día, es evidente un panorama patológico causado por un exceso de positividad. Tal como desarrolla Han (2012), en este panorama lo propio se afirma sobre lo otro, desapareciendo la otredad. Esta positividad repele lo otro generando, de esta manera, una violencia que se despliega en una sociedad permisiva y pasiva y, por lo tanto, más difícil de distinguir. “Se ejerce voluntariamente una pequeña auto violencia para protegerse de una violencia mucho mayor, que sería mortal. La desaparición de la otredad significa que vivimos en un tiempo pobre de negatividad” (Han, 2012, p.17).

Esta violencia no es privativa ni exclusiva, pero si satura y genera sujetos exhaustos. Es una violencia que se sostiene en la ilusión de un espacio compartido. En este contexto, en el cual los sujetos son emprendedores de sí mismos, el sujeto colapsa.

No puede seguirles la corriente a estos guiones de felicidad con frases que pretenden colmar y ser alentadoras como el “vos podés”, “todo va a estar bien”, “tenés que ser feliz”, etc. De este modo, se banaliza el dolor, lo cual resulta penoso para el sujeto como así también lo deja aún más solo en su angustia. Podríamos deducir que el sujeto que piensa en el suicidio resulta de una sociedad que, paradójicamente, produce angustia y se niega a alojarla.

Con esta positividad se pasa del poder al deber (el que sin embargo no anula al poder), teniendo en cuenta que todo deber puede funcionar aquí como una deuda, dando lugar a la responsabilidad de una vida que debería sentirse plena pero solo logra un sentimiento de vacío (Han, 2012).

8

Esto mismo da como resultado una presión por el rendimiento generando así mandatos que enferman. El sujeto que resulta sobrepasado por la angustia no puede más de encontrarse subsistiendo en un entorno donde nada es imposible y, atravesado por un exceso de individualidad, todo puede conducir a inmensos autorreproches. Vive, así, en una libertad pero obligado a habitarla, en la cual todo es efímero y fugaz, sin nada consistente que genere lazos.

El sujeto angustiado, por lo tanto, no encaja y es en lo que ahondaremos próximamente, en esta vida desnuda en la cual todos aparentemente son productivos y

creen que cuanto más activos más libres (Ahmed, 2019). Su futuro se acorta transformándose en un presente prolongado, se siente expulsado y bloqueado. No encaja en un entorno en el cual sus pares están atravesados por una ilusión de la felicidad, en la cual la positividad sirve para mitigar la angustia a través de engaños. Siempre están atravesados por una promesa de llegada de cosas buenas.

Esta positividad, la cual venimos desarrollando, está vinculada con una búsqueda de la felicidad. Los sujetos se ven trasladados a tomar elecciones que los recompensen por el esfuerzo, sabiendo qué los va a hacer “felices”; elegir mal o de manera “infeliz” es considerado patológico. Es tarea propia e individual lograr la felicidad mediante herramientas positivas, como así también no arruinar la felicidad del que se tiene al lado. Tal como plantea Ahmed (2019), la promesa de la felicidad adopta esta forma: si posees esto o aquello así serás feliz. Allí estará la felicidad aguardando, como un futuro que no llega, por lo tanto se la pospone para poder vivenciar una espera más soportable y se utiliza como faro y orientación de las decisiones y sentidos. La felicidad es, entonces, civilización y su fin la barbarie.

El acto suicida comunica, es decir, pone de relieve toda esta escena engañosa y puede resultar en una renuncia a la promesa por la felicidad. La no felicidad nos llega desde lo extraño, desde lo otro, irrumpe, y por lo tanto, incomoda, lleva a los sujetos a resistir para mantener el engaño. Es, por lo tanto, de suma importancia que los profesionales podamos, tal como nos pronunciaba Lacan (2006), no llevar la angustia al armario, poder poner en palabras aquello que no se nombra y, por lo tanto, no se aborda. Necesitamos reflexionar sobre esta epidemia de la que no se habla, que se silencia.

La angustia, entonces, nos llega desde el otro, aquel que hoy en día se desaparece. Y nos demuestra lo importante de poder ponerla en palabras sin pasar por alto lo difícil que resulta poder tomar conciencia de esta misma, aún para nosotros mismos.

Ya no debemos tratar la cuestión de la enfermedad psicológica como:

un asunto del dominio individual cuya resolución es de competencia privada; justamente, frente a la enorme privatización de la enfermedad en los últimos treinta años, debemos preguntarnos: ¿cómo se ha vuelto aceptable que tanta gente, y en especial tanta gente joven está enferma? (Fisher, 2018, p.45).

Renunciar a la felicidad es en parte renunciar a la vida, por lo menos en la actualidad así se desarrolla. Entonces, si bien esta no es una decisión que se dé de manera consciente, aquel que se suicida rompe con la búsqueda de una felicidad. Como sociedad, resistirse a analizar este acto cometido por un sujeto que conocemos y/o nos es cercano vuelve todo más llevadero. Hacernos preguntas sobre el suicidio es crear problemas, desafiar las convenciones y, por lo tanto, es encontrarse cara a cara con la angustia. Exponiéndose a ser considerados como sujetos que corren peligro, que están enojados o amargados, es decir, que son negativos.

9

¿Qué implica entonces, en este contexto, una persona infeliz? Convengamos que no necesariamente aquel que no se comporta bajo esta promesa de felicidad está angustiado. Es también una forma de revelarse, saliéndose de los caminos afectivos que se esperan. Es no ser indiferente a la angustia corriendo, sin embargo, el riesgo de atenerse a las consecuencias en gran soledad, teniendo en cuenta que hay una sociedad que resiste a esto. Es decir, pudiendo también generarle infelicidad a otros. El acto suicida es por lo tanto una amenaza social de la cual es mejor no hablar. Al no

reconocerse este acto se produce un desconocimiento de la sociedad sobre este mismo, que queda resguardada por sus prejuicios.

Algunos de estos prejuicios, tal como los retoma Álvarez (2021), son: que aquellos que dicen que se van a suicidar es porque no lo van a hacer y además que quienes tuvieron intentos no los vuelven a presentar. Estos datos no son reales, pero sin embargo producen tranquilidad a quienes se amarran a estas ideas. Sirven para resistir al acto suicida, para reducirlo.

Aquí por lo tanto no vamos a hacerlo, vamos a hablarlo, sin pensar en la infelicidad como algo que tiene que ser superado, sino como una cuestión que podemos poner en palabras gracias a los aportes del psicoanálisis. No silenciaremos, entonces, a esas aproximadamente mil personas que se suicidan por día alrededor del mundo, justamente para comenzar a romper el círculo de la soledad; procurando salirse de aquello que plantea Álvarez (2021) al decir que “las connotaciones son claras: se ha retirado al suicida moderno del vulnerable, volátil mundo de los seres humanos para esconderlo bien en el pabellón aislado de la ciencia” (p.90).

## II. EL SUICIDIO COMO ACTO IRREVERSIBLE

“Me dicen  
tienes la vida por delante  
pero yo miro  
y no veo nada.”

El suicidio, aún hoy en día, en el psicoanálisis es un espacio de múltiples entredichos y vacíos que, sin embargo, nos permiten reflexionar. Ahondaremos en el suicidio como acto (sin reducir el acto a la movilidad), y lo que este mismo implica, haciendo hincapié en su carácter irreversible. Tal como desarrollábamos al comienzo, Lacan (2006) entiende como acto a un paso certero o impredecible de un significante desde el registro simbólico al real que se separa del Otro, indicando el lugar del deseo en el intervalo de la cadena significante y el cual, motorizado por la angustia, hace nacer un sujeto diferente como efecto del corte de la cadena.

Ahmed (2019) entiende que el suicidio, como acto, encarna la persistencia del dolor en el momento en el cual la vida se ha vuelto un parloteo. En este sentido, podríamos plantear que es en este acto en el que se huye de la vida y su vínculo a la felicidad pretendida, intentando marcar un corte al dolor. El sujeto huye de la felicidad exigida para vivir, en nombre de la vida.

Entendemos, entonces, que aquel que se suicida o se quiere suicidar ha perdido la ilusión. Esto provoca una pérdida de la esperanza como así también incrementa el rencor generando la impresión de un vacío. ¿Si no puedo alcanzar la felicidad, entonces qué? Esta pérdida de ilusión se da a causa de que se ha perdido un objeto libidinal. Tomando planteos de Nasio (2022) la lista de estos objetos puede incluir desde dinero, sujetos amados, trabajos, etc. Objetos que podían marcar nuestro paso para alcanzar la felicidad, pero al perderlos se termina perdiendo el lugar en el mundo. El sujeto termina expulsado de la sociedad contemporánea y su lógica; a consecuencia de esta pérdida se siente frustrado, privado o humillado.

La pérdida de alguien que comete el suicidio simboliza una pérdida compartida de futuro. Sin embargo, la felicidad con su poderosa tecnología nos crea la impresión de que no hay nada sobre lo que hacer duelo ya que se intenta delegar la pérdida hacia aquel que cometió el acto suicida. A pesar de que, si tenemos en cuenta que nos encontramos frente a un acto irreversible, hemos perdido algo en conjunto que nos deja sin respuestas. ¿Y qué haremos con este suceso en estos tiempos contemporáneos?

Poder dar contexto a estas cuestiones nos lleva, por ejemplo, a traer en discusión la pandemia iniciada en el 2020 y cómo nos trajo al día a día el fenómeno de la muerte: la posibilidad de que alguien muera de un momento a otro y lejos. Allí, cuando nos quedamos sin palabras, pareciera que lo mejor es resistir. Más cómoda resultaba la resistencia, encerrarse y cuidarse para prevenir la muerte por culpa propia; logrando también exteriorizar la culpa hacia los demás. En este contexto, las otras personas eran las que estaban mal y provocaban aquello que estaba ocurriendo, es decir, los contagios y las muertes. Así en el 2020 los sujetos fueron rompiendo muchos lazos entre ellos y priorizando lo individual, generando así también más acumulación de angustia pero evitando la muerte. Hemos transitando, como sociedad la histeria de vivir ante el miedo de lo irreversible de la muerte. Lo planteaba claramente Freud (1992): "...el riesgo de

<sup>2</sup> Alejandra Pizarnik, escritora nacida en Argentina (Buenos Aires). Poesía perteneciente a Diarios. Nueva edición de Ana Becció, publicado en 2022.

muerte, igual para todos, reúne a los hombres en una sociedad que prohíbe al individuo al asesinato y se reserva el derecho de matar" (p.40).

Consecuencias de estos hechos siguen vigentes, la pandemia ha abierto las puertas a la individualidad como así también a la resistencia a la angustia que continuamos desarrollando en este ensayo. Una angustia que parece haberse quedado

sin vínculo a nadie, encerrada en las paredes del propio hogar. Tal como destaca Nasio (2022), vinculada a un futuro que nos resulta incierto, que no nos deja proyectarnos más allá del día a día de la vida de cada uno de nosotros. La angustia como aquella que amenaza el futuro, por lo menos si le damos un lugar, podría poner en tensión muchas de las bases en las cuales nos movemos a diario. En este contexto, mejor prevenir a ser el culpable de nuestra propia muerte.

Aquel que comete el acto del suicidio no ha evitado la angustia, si no que evidentemente se ha dejado impregnar de esta misma y ha terminado por eliminarse a sí mismo. Pero quizás, en este intento de recomposición, es cuando por primera vez se logra modelar los hechos a voluntad.

Es por cierto demasiado triste que en la vida haya de suceder lo que, en el ajedrez, donde una movida en falso puede forzarnos a dar por perdida la partida, y encima con esta diferencia: no podemos iniciar una segunda partida, una revancha. (Freud, 1996, p.292).

En todos los seres humanos hay tendencias destructivas que van en contra de lo social y la cultura, es decir, son parte de las renuncias pulsionales que estas exigen para convivir. En el caso del acto suicida, es una tendencia destructiva, pero con la característica de que sus consecuencias son irreversibles. Todo acto tiene la estructura de corte, de la pura diferencia, efecto de la discontinuidad significante sobre lo real. Después de cada acto la estructura cambia de forma irreversible y el sujeto es efecto de ese corte. El sujeto renace como otro, pero en el suicidio no renace lo cual impide pensar un futuro y genera una desaparición.

El suicidio desde ya nos impone cierto horror, tal como lo plantea Camus (2019). Es el problema filosófico más verdaderamente serio porque conlleva plantearse si la vida vale o no la pena. Asimismo, no deja de ser un acto que lleva al mismo destino que cualquier vida, la muerte. A pesar de que existe una pulsión que busca prolongar la vida, existe así también un acto que nos despoja de ella. Una lucha por la supervivencia y también un acto radical que la termina, lo cual nos resulta a simple vista inexplicable.

El suicidio podría ser considerado, según Lacan (2012), como el único acto exitoso sin fracaso allí el sujeto se precipita y expulsa de la escena al identificarse con el objeto a en tanto residuo, objeto eyectado del Otro. Esto mismo implica arrojarse de la ventana, atravesar el fantasma, pero de una forma salvaje, poniendo en juego un franqueamiento del orden de lo irrecuperable. Cada acto suicida deja un enigma, cada sujeto que se suicida se queda con la última palabra.

Por lo tanto, sería equivoco pensar al acto suicida como un mero acto. Si no que debe tenerse en cuenta que este mismo representa al sujeto, si bien nos deja sin un tejido para poder comprenderlo. Pero resulta de suma importancia poder plantear interrogantes a su alrededor sobre su huella, su registro y aquello que se puede leer en él.

Podemos enlazarlo a una angustia automática, desbordante, que no permite pensar, que no posee registros, generando así una desorganización que no da lugar al decir y puede dirigirse al pasaje al acto. Siendo este último un fenómeno brusco y sin control. Tal como lo define Freud (2017d), en el caso de la joven homosexual, implica un

dejarse caer. Si bien el Otro está implicado, no es para buscar su reconocimiento sino para rechazarlo. En ese sentido, el pasaje al acto es una oportunidad para suprimirse sobre aquello que le resulta insoportable, como así también una demanda de reconocimiento simbólico que tiene como base la desesperación. Vale aclarar que un

acting out, escena de mostración al Otro, puede resultar en un acto suicida.

Resulta de gran importancia y pertinencia a la hora de hablar del acto de suicidio poder desplegar sobre urgencias subjetivas, las cuales son importantes también para establecer la clínica. Hay tantas urgencias subjetivas como sujetos, lo que para algunos puede ser urgente quizás para otros no. No siempre los sujetos lo dejan en claro. Están quienes lo tienen naturalizado, acomodados al vivir sin sentido.

Lacan, citado por Leguil (1987), define a la urgencia como lo imposible de soportar para un sujeto al que ya nada le divierte. Hay urgencia cuando el sujeto queda barrado y en suspenso. Lo cual es, entonces, un punto límite que el sujeto no puede soportar y necesita de un ajeno, un otro. Tal como en el nacimiento se necesita de un externo que pueda aliviar frente al desamparo inicial, la necesidad de otros se mantiene a lo largo de la vida. Nadie sobrevive solo, y es importante tenerlo en cuenta en el escenario actual.

En la urgencia, lo que viene al lugar de la palabra es el acto, el hacer, un posible salto al vacío. Por eso es importante el encuentro con un analista que se destine a escuchar esa urgencia. El suicidio le demuestra al psicoanálisis que es una praxis, aquí no hay técnicas específicas ni ciencia (Masuelli, 2023). El analista debe posibilitar el emerger del sujeto, no puede mirar desde afuera esa angustia como si se tratase de algo externo. Siguiendo los tres tiempos lógicos de Lacan (2009), es central el segundo tiempo que transcurre, el de comprender. Este último está relacionado a la introducción del inconsciente vinculado a la asociación libre. Aquí se brindaría un espacio para que el sujeto pueda subjetivar ese sufrimiento dando lugar a preguntas sobre los actos que ya están, es decir, ir introduciendo significantes.

Abrimos un espacio distinto, damos lugar a acontecimientos que marcan un antes y un después. Sin repetir un protocolo y poniendo también en juego la creatividad desde nuestra posición de analistas. Esperando lograr que el sujeto logre historizar aquello que le ocurre. Sin pretender lo inmediato, pero sí ir permitiendo una elaboración de redes significantes.

### **III. MUERTE: RESISTENCIA Y DESEO.**

Como venimos planteando, el dolor de una persona puede tener efectos sobre

la vida de otra. La angustia es cercana pero no contagiosa; no se transmite pero, sin embargo, algo se comparte, aquello de lo que no se puede dar cuenta.

Actualmente, la angustia pareciera resultar insoportable, por lo tanto se busca huir. Aun así, nos sigue perturbando desde el otro. Inmiscuidos en la promesa de la felicidad, la vida debería ser plena pero la angustia siempre se nos hace presente.

Entonces, ¿qué procesos se dan para que el discurso se vuelva color de rosa? Esta resistencia del discurso la tomamos entendiendo que el discurso del yo está vinculado a la época. El yo no es autónomo, pero tampoco avasallado, sino que tiene una actividad estratégica política. Cargado de complejidad, es defensivo como así también historizante sin consistencia al deseo que lo conduce (Hornstein, 2018). Es decir, esto implica que el sujeto es en parte víctima del discurso social como así también forma parte de él, tiene que inmiscuirse en lo contemporáneo para no quedar excluido de la sociedad. Tal como nos plantea Freud, debe obedecer sofocándose:

La sociedad de cultura que promueve la acción buena y no hace caso de su fundamento pulsional, ha conseguido así obediencia para la cultura en un gran número de hombres que en eso no obedecen a su naturaleza. Alentada por este éxito, se vio llegada a imprimir la máxima tensión posible a los requerimientos éticos y forzó en sus miembros un distanciamiento todavía mayor respecto de su disposición pulsional. Esta es sometida entonces a una continua sofocación, cuya tensión se da a conocer en los más extraordinarios fenómenos de reacción y de compensación.”  
(Freud, 1996. p. 285)

Un concepto que aquí nos sirve para pensar estas cuestiones es el de pulsión de muerte, al cual Freud llega después de la Primera Guerra Mundial, después de notar cómo esta última había provocado destrucciones y había introducido otra forma de pensar la muerte que no la restringía solamente a una cuestión natural de la vida. La pulsión de muerte tropieza con resistencias, hasta dentro de los círculos analíticos, más allá de lo evidente que era su existencia ya que contradice la promesa de felicidad que pretende un hombre feliz y alegre que no destruya. Para Freud (1992b), todas las pulsiones quieren reproducir algo anterior y el estado antiguo inicial es al fin y al cabo, la muerte, lo inanimado. Sin embargo, las pulsiones de vida van sumando tensiones para no llegar a la muerte de manera rápida y se da de esta manera un bregar pulsional. La pulsión de muerte consigue dirigirse al mundo exterior ya que el Eros detiene la caída a la muerte y suma nuevas tensiones. Es decir, el yo no acoge las tendencias de destrucción, sino que se vuelve a ellas en forma reactiva volviendo inofensiva a la pulsión de muerte, logrando inhibir ya que obedece a la puesta en guardia del principio de placer.

Se nos demuestra de esta manera que la muerte es más que algo natural, un mecanismo de convivencia y adaptación. En este contexto, la pulsión de muerte siempre se va a hacer presente interrumpiendo el alcance de esa felicidad individual que se pretende lograr actualmente. ¿Qué hacemos con ese dolor, con esa destrucción que se hace presente? Según Hornstein: “para defendernos del dolor acusamos al mundo, a lo que nos rodea: asumimos una resignación pasiva. La moral y la felicidad, antes enfrentadas, se han fusionado. Actualmente resulta inmoral no ser feliz” (2018, p. 178).

La resistencia nos ayuda a olvidar, logrando así también deshistorizar. En una época en la cual al abrir un libro de autoayuda nos podemos encontrar con la felicidad

definida como la ausencia del resto de las emociones. Es decir, una felicidad sin historia, sin nada a la cual vincularla. Una felicidad individual pero buscada y anhelada. Siguiendo a Freud (2017b) es del yo de donde parten también las represiones

generando que algunas aspiraciones anímicas deban excluirse de la conciencia y del quehacer. Es en el análisis donde tenemos la posibilidad de contraponer aquello reprimido al yo. Sin embargo, el yo nada sabe de aquello a lo que se resiste; a pesar de que nota sus sentimientos de displacer, no los llega a vincular a la resistencia. Esto implica que lo reprimido solo es apartado del yo por las resistencias, ubicando de esta manera al yo en un aparte representante de la razón y la prudencia por contener las pasiones. Sometido, además, a la acción de las pulsiones.

La resistencia es un fenómeno complejo y ambiguo que emana del discurso mismo, lo cual resulta notorio algunas veces y otras no. Lacan (1988), en el Seminario 1, retoma las reflexiones sobre la resistencia brindadas por Freud quien planteaba que se encuentra alrededor del nódulo patógeno y su fuerza depende de la distancia que mantenga con dicho nódulo; la resistencia se encuentra al lado de lo consciente pero manteniendo un vínculo con lo inconsciente. Este fenómeno es la inflexión que adquiere el discurso cuando se aproxima al nódulo patógeno, produciéndose mientras la palabra reveladora no se dice, cuando el sujeto no encuentra salida. Por lo tanto decimos que se produce contra lo traumático, contra un tercero que no está allí, no contra ella misma.

Nos encontramos hoy en día frente a una resistencia al dolor, ya que se intenta evitar lo doloroso combatiéndolo rápidamente sin darle un orden simbólico. Se reduce todo a lo biológico y ya nada se narra. Mejor nos resulta protegernos y terminar insensibilizados.

En este contexto, los psicólogos somos llamados a generar felicidad, a lograr que aquel que esté angustiado pase a estar feliz. ¿Dónde nos deja eso a nosotros? ¿En fomentar sujetos que se resistan al dolor? Si esto no es así, ¿cómo tenemos que posicionar nuestra práctica en estos espacios?

Entendemos que el análisis da lugar a la palabra en una sociedad que se resiste y silencio, ya que el analista con la escucha sin prejuicios logra no estar indefenso frente a las resistencias del sujeto. El análisis permite un cese de las resistencias tanto al analista como al analizante. Dejamos hablar a los sujetos. A estos últimos se les pide que no se guarden nada ni cedan a sus críticas o intentos de silencio. Es decir, no callar aquello que les puede resultar desagradable de comunicar:

El tratamiento analítico, el cual procura las magnitudes de energía necesarias para el vencimiento de las resistencias, movilizandolas las energías preparadas para la transferencia, informándole le señala los caminos por los que debe dirigir tales energías... El tratamiento merece tan solo este último nombre cuando la transferencia ha empleado su intensidad para vencer las resistencias. (Freud, 2017c, p. 1674).

Para Freud (1992a) los sujetos viven el día a día sin apreciarlo, con ingenuidad. Él entiende que es necesario tomar distancia para lograr apreciar la cultura, ya que esta misma es la que se encarga de regular nuestros vínculos humanos. A pesar de que somos, al mismo tiempo, enemigos de la cultura ya que para poder subsistir y convivir junto con otros debemos oprimir nuestras mociones hostiles. Es decir, para seguir funcionando la cultura necesita de esta protección a sus instituciones y normas, esta misma se da gracias a la renuncia de las pulsiones.

Entonces, vivir no es simple. Para nadie. Más allá de la felicidad como promesa, el sufrimiento irrumpe en aquellas privaciones de la cultura. Siguiendo a Freud (1992a).

sus prójimos: desarrolla un grado correspondiente de resistencia a sus normas, de hostilidad a la cultura” (p.16).

Desenmascarar la resistencia nos pondría cara a cara con la angustia, implicaría salirse de esta misma y la repetición que conlleva. Dando de esta manera lugar a una construcción, allí sobre lo que no se podía decir nada, sobre lo que se silenciaba.

Estas cuestiones no tienen que ver con lo que corrientemente llamamos el pensamiento, sino que se trata siempre de un deseo (Lacan, 1988). ¿Hay un deseo en el suicida por el cual se deja llevar hasta perderlo todo que genera resistencia en los demás? Un resaltar esa falta que devela lo engañoso del mundo en el cual existimos ¿Existe el suicidio como deseo irresistible? Para Álvarez (2021) la iglesia fue inoculando en los creyentes la idea de que este mundo estaba repleto de pecado y tentaciones, donde se esperaba de mala gana la muerte como el paso a la gloria eterna y así fue estableciendo el irresistible deseo de suicidarse.

Podríamos pensar, entonces, que existen espacios donde se resiste al suicidio, donde se lo repudia pero se lo vuelve al mismo tiempo deseable, ingresando a un mundo de ideales.

La angustia está en gran parte vinculada con el deseo. Parafraseando a Ahmed (2019) una vida feliz en estos tiempos contemporáneos, una buena vida, implica regular el deseo. Ya que la felicidad exigida nos lleva a “desear de la forma correcta.” Está entonces la felicidad vinculada al saber renunciar al deseo, se está más tranquilo cuando se deja el ir y venir de la vida en manos del “destino”, se siente uno más libre cuando rebaja al deseo. “Solo quiero que seas feliz.” “Si vos sos feliz, yo soy feliz.” La felicidad aparece aquí

vinculada a un modo en que los sujetos demandan a los demás y de lo que desean ofrecer a los otros. Implica formas aspiracionales recíprocas, en el cual si el otro es infeliz eso nos afecta, o pone en riesgo la felicidad de los demás.

Somos infelices por no ser el deseo del Otro, por no poder completar su falta. Hay allí una pérdida en la cual no se sabe que es aquello que se pierde. El deseo se da desde la carencia. Y el sujeto es capaz de arriesgar su vida para satisfacer el deseo del Otro. La promesa de la felicidad nunca se cumple, solo nos muestra lo poco deseable que era aquello que se desea. Así, se mantiene la felicidad como objeto de deseo, como aquello a lo que se espera llegar y nos vemos inclinados.

A la vez, sobre el instinto de muerte se establecen las inquietudes del deseo. Para Freud (2017b) en el super yo hay cultura del instinto de muerte que a veces consigue impulsar hacia el suicidio. Hay, por lo tanto, una cercanía de la muerte como deseo que nos convive, de la cual la mayoría no se percata gracias a la resistencia. Tal como podríamos decir, un deseo de muerte de naturaleza enigmática.

Para Freud (2017b), entonces, el suicidio tiene como origen un deseo, pero este mismo es el de darle muerte a un objeto que termina por expresarse como un autocastigo por este mismo. Podríamos pensar que es imposible que el acto suicida este vinculado al deseo, teniendo en cuenta lo negativo que darnos muerte supone, pero este acto tiene una característica muy particular en la que no podemos producto de la resistencia dar cuenta de que allí hay un deseo que se expresa.

Solemos dar por hecho que los procesos anímicos son regulados por el placer, en el cual se intentaría mantener baja la excitación de la vida anímica. Sin embargo, hay fuerzas que lo contrarían. El principio de placer es relevado por el principio de realidad. Por lo tanto, se termina aceptando algo de displacer posponiendo la satisfacción.

Si bien nos genera incomodidad pensar la muerte y el deseo vinculados, podríamos deducir que tiene que ver con aquellos deseos que para poder vivir en sociedad denegamos. Esta repulsión le permite a la cultura seguir existiendo mientras resistimos a

algunos deseos, en este caso, la muerte. Aunque sigue existiendo y se sigue practicando más allá de su existencia natural.

Sin embargo, la cultura también se hace de representaciones que aparentan cumplir algunos de nuestros deseos. Por ejemplo, las representaciones religiosas son ilusiones que cumplen nuestros deseos más antiguos. Esto nos hace reflexionar sobre la ilusión de la felicidad, que apunta a un posible cumplimiento de los deseos en un futuro lejano, dando así una respuesta a los enigmas que nos afectan como el sentido de la vida. Tal como plantea Freud (1992a): "llamamos ilusión a una creencia cuando en su motivación esfuerza sobre todo el cumplimiento de deseo; y en esto prescindimos de su nexa con la realidad efectiva, tal como la ilusión misma renuncia a sus testimonios" (p.31).

No existe suicidio que no sea engendrado por una ilusión que lo arrastra al sujeto a cometer el acto. Por eso nosotros como analistas debemos dar lugar a la ilusión. Mientras el cuerpo esté vivo, el deseo no va a desaparecer. No importa si aquel que comete el acto del suicidio no nota o sienta el deseo. La ilusión está cargada y creada por el deseo. Y, por lo tanto, nos implica. Nos abrazamos a la ilusión como camino y expectativa. Aquel que comete el acto suicida también está vinculado a esta ilusión de felicidad, pero en un momento ya no puede sostenerla y se expulsa mediante el salto al vacío.

Siguiendo a Lacan (2006) en el acto mismo se manifiesta el deseo que habría estado destinado a inhibirlo, momento en el cual el deseo ya no puede ser pausado para otro momento. Este deseo podría ser reconocido con posteridad, una vez que motorizado por la angustia el acto se comete, pero en el acto suicida, como sabemos, no hay después.

## CONCLUSIÓN

Según el recorrido realizado en este ensayo podemos sostener que en la época actual existe una lógica que plantea que la felicidad depende de cada una de las personas. Esta idea se enmarca en una postura individualista en la que cada sujeto debe arreglárselas para construir su bienestar y ser responsable de sus éxitos y de sus fracasos.

A la vez, en este marco hemos logrado visualizar como el acto suicida se hace presente y genera resistencias. Se trata de un acto que corre el velo, lo deja caer, y enfrenta a los sujetos cara a cara con la angustia, poniendo en evidencia que, en un futuro, si bien podríamos encontrar la felicidad, es más probable que encontremos la muerte.

El acto suicida nos viene a demostrar, entonces, que la muerte propia no es inconcebible, sino que es una posibilidad con la cual contamos todos los días. A pesar de esto no nos suicidamos, sino que vivimos resistiendo a este acto con la posibilidad de realizarlo al alcance de nuestra mano.

En estos tiempos del sin sentido, el sujeto se afirma a los otros mediante un deseo de muerte que logra darle un sentido a su existir. Frente a los espacios organizados ante una promesa de la felicidad, el deseo encuentra su manera de irrumpir. Por lo tanto, no tenemos que tratar al acto suicida solo desde una depresión; a veces, quizás, puede tener que ver con el deseo.

Estas cuestiones nos dejan como pregunta si el acto suicida implica un fracaso de las resistencias o si bien es un modo de defenderse y, por lo tanto, también de resistir ante una cultura que ha roto lazos y nos obliga de manera aplastante a ser felices. El sujeto terminaría entonces por arrojarse lejos mediante una vía que también acaba consigo mismo.

No podríamos negar que existe una complejidad al hablar del acto suicida siendo un asunto que genera tantas resistencias; nosotros no estamos exentos de esto. Pero como profesionales debemos trabajar asiduamente en no temerle a este tópico sino en posibilitar más palabras a su alrededor y no terminar actuando, sin notarlo, como agentes inhibidores. Es esta última una responsabilidad ética a seguir sosteniendo en un futuro.

El suicidio es una cuestión que va a seguir existiendo puesto que es parte de la vida en sociedad, que implica problemáticas y luchas. Por eso es importante que el psicoanalista no pretenda ser ni un líder social ni un observador lejano, sino que pueda trabajar y ocuparse de lo social, destacando siempre que el sujeto es una combinación de condiciones históricas cambiantes y constantes. Si bien no pretendemos ser sociólogos, es importante no ubicarse en la vaguedad (Hornstein, 2018). Teniendo en cuenta, entonces, que el psicoanálisis es también comunitario, entendemos que el suicidio se detiene en comunidad, es decir, enlazándolo a un entramado colectivo.

El sujeto no es sin la cultura y, a pesar de que el cuerpo social parece anestesiado, el dolor sigue ahí, lo cual hace zozobrar al individuo. Si bien no aspiramos a una eliminación absoluta ni mágica del dolor debemos ser contemporáneos para no continuar perpetuando la pérdida de lazos.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. (1er ed.). Buenos Aires: Caja Negra.
- Álvarez, A. (2021). *El dios salvaje. Ensayo sobre el suicidio*. Buenos Aires: Fiordo.
- Camus, A. (2019). *El mito de Sísifo*. (1er ed. 2da reimp.) Buenos Aires: losada.
- Fisher, M. (2018). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Freud, S. (2017a). *Contribuciones al simposio sobre el suicidio (1910)*. En *Obras completas, Volumen 12*. (2da ed.) Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Freud, S. (1996). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. (1915). En *Obras completas, Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992a) *El porvenir de una ilusión*. (1927) En: *Obras completas, Tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2017b) *El yo y el ello*. (1923) En: *Obras completas, Volumen 19*. (2da Ed.) Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Freud, S. (1992b) *Más allá del principio de placer (1920)*. En: *Obras completas, Tomo XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (2017c) *La iniciación del tratamiento* (1913). En *Obras completas, Volumen 12*. (2da ed.) Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Freud, S. (1975). *La interpretación de los sueños (segunda parte)*. En *Obras completas, Tomo V*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2017d) *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920). En *Obras Completas, Volumen 18*. (2da. Ed.) Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Madrid: Herder.
- Hornstein, L. (2018) *Ser analista hoy. Fundamentos de la práctica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988) *El seminario de Jacques Lacan. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006) *El seminario de Jacques Lacan. Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009) *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*. En *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo xxi.
- Lacan, J. (2012) *Hablo a las paredes*. Buenos Aires: Paidós.
- Leguil, F. (1987) *Reflexiones sobre la urgencia*. En *La Urgencia. El psicoanalista en la práctica hospitalaria*. Buenos Aires: Ediciones Vergara.
- Nasio, J.D. (2022) *La depresión es la pérdida de una ilusión*. Buenos Aires: Paidós
- Masuelli, F. & Mauro, L. (2023) *El suicidio no es la muerte. Psicoanálisis en la Universidad*. (7) 155–167. <https://doi.org/10.35305/rpu.vi7.156>
- Platón (1988) *Diálogos III*. Madrid: Editorial Gredos.
- San Agustín (1985) *La ciudad de Dios (antología filosófica)*. Buenos Aires: Hyspamerica.